

# 1912. Notas sobre raza y desigualdad

RAFAEL HERNÁNDEZ

## **1912. Notas sobre raza y desigualdad**

*Discriminación racial y desigualdad social resultan términos de una misma ecuación. Una perspectiva histórica sobre la desigualdad racial la revela como parte de un orden social y como una construcción cultural compleja y cambiante, que se refleja en representaciones e imágenes. Sin embargo, la crítica que intenta sólo negar o sustituir esas imágenes, resulta insuficiente. El prejuicio y la discriminación no han desaparecido históricamente bajo el efecto de fuertes transformaciones en la ideología política; su existencia actual no depende de su cuestionamiento o reproducción en el discurso ideológico, sino de relaciones y prácticas diseñadas desde la sociedad civil. Resulta necesario enseñar el aporte de los diferentes grupos raciales a la lucha por la igualdad, la liberación nacional y social, sin incurrir en una pedagogía de catecismo. La política de cuotas puede ser un instrumento válido, si bien no es una panacea, ni una solución fundamental del problema. La cuestión racial y las estrategias que la pueden abordar eficazmente, tienen una connotación extranacional; no hay que ignorar las experiencias ajenas ni transplantarlas. Ningún Estado puede asumir la premisa de su invulnerabilidad territorial ante transgresiones tan sutiles como las prácticas racistas.*

**RAFAEL HERNÁNDEZ**  
**Sociólogo.**  
**Director de la**  
**revista Temas.**  
arcangel@cubarte.cult.cu

Desde fines del siglo pasado, la cuestión racial ha vuelto a ser foco de atención de las ciencias

sociales y los estudios culturales cubanos.<sup>1</sup> Podría resultar curioso este resurgimiento del tema en los últimos diez años. Bastaría observar, sin embargo, la manera en que se extiende y ramifica por todas partes, para darse cuenta de que trae consigo una fuerza inusual, que no se contiene en la estricta zona del racismo, el prejuicio y los estereotipos culturales, ni se

<sup>1</sup> Además de Rogelio Martínez Furé, Tomás Fernández Robaina, Nancy Morejón, Jorge Ibarra o Joel James, nombres como Fernando Martínez, Digna Castañeda, Víctor Fowler, Jesús Guanche, Lázara Menéndez, Carmen Montejo, Oilda Hevia, María del Carmen Barcia o Ernesto Chávez, y fuera de Cuba, autores como Louis A. Pérez, Rebecca Scott, Ada Ferrer, Aline Helg, Alejandro de la Fuente, Alejandra Bronfman, Rafael Feroselle, Stephan Palmié, Karen Y. Morrison y Thomas Orum, cubren una lista incesante. No incluyo en ésta a autores y obras que tratan aspectos específicos de la cultura cubana, como las religiones populares, estrechamente ligadas a la herencia africana, ni a los que han empezado a investigar la sociología de las relaciones interraciales contemporáneas. Véanse los números 4 (octubre-diciembre, 1995) y 7 (julio-septiembre, 1996) de la revista *Temas*, dedicados respectivamente a las religiones y a las relaciones interraciales.

abarca desde el ámbito de una disciplina o del “plan de trabajo” asignado a una institución particular. Son obvias su complejidad y su vasta adherencia a otras zonas del pensamiento, la cultura y la sociedad cubanos contemporáneos, así como a corrientes de ideas y problemas suscitados por lo que hoy se suele llamar, sin demasiada precisión, la globalidad. No sobraría recordar que la situación cubana forma parte de ese mundo contemporáneo, en el que la reivindicación racial también presenta tangencias con otros malestares sociales, como la creciente desigualdad, la crisis de valores y el cansancio de los vehículos institucionales establecidos para la democracia y la participación. En efecto, aun cuando estemos hablando de la historia y la sociología de la cuestión racial en Cuba, los problemas en juego rebasan totalmente nuestra circunstancia insular, por más que a menudo tendamos a pensarla como única. Las reflexiones que siguen, no se restringen pues a lo contingente de esa circunstancia cubana, sino más bien intentan rescatar algunos de los proble-

mas fundamentales que la atraviesan y se hacen manifiestos en nuestras lecturas actuales de la historia y la sociedad.<sup>2</sup>

Antes de entrar en materia, permítaseme poner por delante dos proposiciones.

La primera es la necesidad de considerar la cuestión racial históricamente, desde una perspectiva política —es decir, orientada hacia la acción social y cultural colectiva—, más allá de los marcos estrictos del discurso académico o de los debates asamblearios sectoriales. Sin la acción y comunicación sociales, la reflexión o la discusión solas pueden terminar en una manigua de iniciativas dispersas o simplemente en disquisiciones.

La segunda es que los problemas de la racialidad son construcciones culturales y de clase complejas. Considerarlos en esa complejidad ha resultado siempre decisivo, aun más que examinar soluciones a las manifestaciones ostensibles de racismo, relativamente más aislables y proscribibles. Desde esta perspectiva, una estrategia cultural bien encaminada —incluidas las lecturas de la historia— debería orientarse a la identificación y discusión de problemas de fondo, sin cuyo conocimiento puede ser muy difícil vislumbrar soluciones radicales y duraderas.

El texto que sigue a continuación no tiene la secuencia expositiva y el desarrollo de

<sup>2</sup> Este texto fue expuesto parcialmente en el taller “La guerra de 1912 y la conspiración del silencio”, organizado por el grupo Color Cubano de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, los días 6 y 7 de junio de 2002, en el aniversario 90 de la represión contra el Partido Independiente de Color. Algunas de sus ideas habían sido esbozadas en la mesa redonda preparatoria para la Conferencia contra el Racismo, la Discriminación Racial y la Xenofobia, de Sudáfrica, celebrada en el Centro de Prensa Internacional, en La Habana, el 2 de julio de 2001. Agradezco las observaciones recibidas durante esos eventos, así como las que me hiciera posteriormente el sociólogo Nelson Valdés. Desde luego, las ideas que aquí presento son de mi responsabilidad.

ideas de un ensayo, sino apenas una especie de agenda para ordenar una discusión. He preferido deliberadamente adoptar esta forma inacabada, que podría corresponder mejor con el estado de nuestro debate sobre el tema. Los argumentos que presento aquí, enunciados de forma muy esquemática, sólo esbozan un esqueleto de problemas, cuya anatomía completa habría que seguir construyendo más detenidamente. Empiezo por uno.

***1. Las imágenes de nuestra interracialidad se desenvuelven en un tiempo histórico cuyo relato está por hacer. Al investigarlas, aparecen representaciones generadas por otras miradas, a menudo imperceptibles para la conciencia cotidiana. El conocimiento de esas imágenes supone un ejercicio crítico, que rebasa como tal su mera negación o sustitución.***

Escuchemos por un momento la voz de ese *otro* en un texto de 1907, cinco años antes de los acontecimientos que dieron lugar a la ola de violencia racista de 1912:

Al desembarcar y a lo largo de Cuba impresiona el alto grado de igualdad entre el blanco y el negro. Para el norteamericano en su casa, considerar a un negro como un semejante en lo social, político o incluso laboral resulta una afrenta, una ofensa, por

lo menos; para el cubano, no lo es. Nosotros lo rechazamos; el cubano no. Nosotros no lo aceptamos; el cubano sí. Para el español, del cual ha surgido el cubano, el negro nunca fue persona non grata. En las colonias de España, siempre se mezclaron y cruzaron. En Cuba fue y es así. Escuelas, teatros, hoteles, baños, tranvías, vapores — todos son del negro y del blanco igualmente.

Uno no puede sino quedar impresionado con el modo más gentil, más amable y más considerado de las relaciones y los sentimientos entre el negro y el blanco en toda Cuba. Uno no puede dejar de ver rápidamente que el negro cubano es incuestionablemente más suave y gentil que su hermano norteamericano. Para esto sólo puede haber una explicación. Ésta se encuentra en sus únicas condiciones realmente diferentes, especialmente su diferencia de status y tratamiento. Es porque en Cuba el negro es políticamente, laboralmente y casi socialmente, en público y en privado, aceptado como un igual. Es porque en todas partes no se le enfrenta ni se le endurece en pensamiento y sentimientos mediante signos de frialdad y rechazo producidos por el

menosprecio del hombre blanco.<sup>3</sup>

Apenas dos años después de la masacre, un cronista apuntaba:

Raza de hombres amables, de buen trato y dignos son los camagüeyanos; dignos en sus hogares, sociedades, teatros y negocios. El peón desastrado que llega hasta la puerta de la casa con el racimo de pollos vivos para la comida del día amarrado a la montura, es tan digno que uno no vacila en quitarse el sombrero para saludarlo. Y él responde al gesto de cortesía como si fuera lo normal.<sup>4</sup>

Esta fascinante descripción —en uno de los períodos de mayores tensiones raciales y políticas de nuestra historia— revela que la imagen de la racialidad se construye *desde* un entorno cultural (social, político) determinado, que le otorga sentido no sólo como visión *subjetiva* (psicosocial), sino como reflejo de un orden racial determinado.

No todo, sin embargo, se resuelve en la ley del cristal con que se mira. En ese mismo año, otro visitante apuntaba lo siguiente:

Cuba es un país para el hombre blanco, si el hombre blanco es sensato [...]. El

comercio al detalle en los pueblos está mayormente en las manos de los españoles; una buena parte del mejor trabajo calificado es inmigrante y migratorio; las mayores empresas, casi en su totalidad, pertenecen y son administradas por norteamericanos, ingleses y alemanes; y los nativos tienden cada vez más a ser meros precaristas en la tierra donde nacieron o empleados desposeídos de capitalistas extranjeros. Los más pobres entre ellos, agobiados por el costo de la vida, desmoralizados por la lotería y sin tierra, viven en un estado de despreocupado e inexplicable desamparo; y no hay duda de que un gobierno más económico o que fuera capaz de repartir las grandes propiedades de tierra [...] haría mucho por mejorar su condición, eliminar una peligrosa fuente de intranquilidad económica y social, y admitir que “el pueblo” tuviera acceso a una porción definida de la prosperidad de que disfrutaban “los intereses” dedicados al trabajo de explotar a los cubanos [...].

Después de unos cuatro siglos de letargo político y servidumbre, los cubanos, un tercio de los cuales son negros y quizás dos tercios analfabetos, están en la situación de poner a funcionar una

<sup>3</sup> Tte. Cor. R. F. Bullard: “How Cubans Differ from Us”, *Century*, noviembre, 1907. Traducción del autor.

<sup>4</sup> Julius Muller: “A painted city of the Spanish main”, *Century*, junio, 1914. Traducción del autor.

república y una constitución sobre la base del sufragio universal y bajo la más bien indefinida pero no menos efectiva tutela de los Estados Unidos. Claramente, éstos sólo pueden conducir a buen término una empresa tan riesgosa después de muchos obstáculos y retrocesos, en medio de numerosos escándalos, con frecuentes afectaciones al ideal democrático, en presencia de continuas conmociones y mediante el ejercicio, de parte del gobierno norteamericano, de una alta dosis de paciencia, simpatía y perseverancia.<sup>5</sup>

Este diagnóstico sobre la situación cubana revela que, aun desde una perspectiva conservadora, la imagen de la racialidad es parte de una representación más compleja de la sociedad, en la que funciona como señuelo de la índole subalterna; en este caso, de las ineptitudes de la “raza cubana” para autogobernarse y de los peligros que la desigualdad extrema (no sólo la racial) pueden significar para la estabilidad del mundo blanco —es decir, extranjero.

El uso del término “raza” en estos discursos coloniales es revelador, en la medida en que no se refiere tanto a un tipo de pigmentación o de rasgos fisonómicos, sino que marca

una diferencia de clase social, la que separa al *colonizador* del *colonizado*. Está claro que los significados con que se construye esta imagen sólo pueden encontrarse en un orden social y cultural históricamente determinado, cuya letra central no es otra que la desigualdad. Al mismo tiempo, resulta obvio que la índole de esa desigualdad en un entorno colonial (o más exactamente, neocolonial) es radicalmente diferente de la que puede presentarse hoy en un contexto cultural y social que ha sido transfigurado por un proceso radical de descolonización. Aquí y ahora —sería fatal pasarlo por alto— la discriminación racial y el prejuicio *son* otra cosa.

## **2. El discurso sobre la identidad ha podido colaborar, pero también confundir en la búsqueda de estrategias de conocimiento sobre la cuestión racial y el enfrentamiento del racismo.**

La dimensión distintiva y a menudo genérica de algunos discursos sobre la identidad no contribuye a dilucidar la cuestión racial.

Estos discursos prevalecientes durante mucho tiempo en la interpretación de la historia han estado proyectando un tipo ideal y progresivo de *identidad cubana*, reconstruido a partir de la linealidad histórica que postulaba el marxismo-leninismo à la

<sup>5</sup> Sydney Brooks: “Some impressions of Cuba”, en *North American Review*, junio, 1914. Traducción del autor.

*rúskaya* —y que, a su manera determinista y homogeneizante, se parece bastante al positivismo paradigmático que acarrearía la globalización.<sup>6</sup> Un pasado complejo y contradictorio se ha polarizado a través de un lente bidimensional, tallado sobre una cierta (y a menudo simplista) representación de la lucha de clases y sobre una asunción axiológica que ha postulado como ley la superación progresiva de valores retrógrados —entre ellos, el del prejuicio racial.

Esa visión da lugar a un presente que, como historia, apenas se considera precisamente desde esas dimensiones, ni desde su articulación con el proceso real de desarrollo nacional. Despojadas de un análisis de clase y saturadas por una representación unívocamente moral de la historia, buena parte de las visiones predominantes sobre la identidad contemporánea adolece de falta de perspectiva crítica y confunde la sociedad circundante con la vocación de perfeccionamiento humano, y la identidad con los valores cívicos. A veces se olvida que el proceso histórico, social y cultural no resulta ser un camino en ascenso hacia ninguna for-

ma de pureza o arquetipo, por más elevado y bienintencionado que pueda concebirse el modelo. No en balde uno de los hombres que más batalló en el campo de la cuestión racial y más contribuyó a dar cuenta de nuestra identidad, llegó a escribir un verso elocuente: “No soy un hombre puro.”

Rebasar el ontologismo un tanto banal que nos hace criaturas de una identidad nacional inefable, supuestamente homogénea y ligeramente indefinida, que recubre con su manto uniforme a un adolescente del Nuevo Vedado y a un campesino de la Caridad de los Indios en Guantánamo, ayudaría a ver más claras las diferencias interraciales y su historia.

### ***3. El prejuicio y la discriminación no han desaparecido históricamente bajo el efecto de fuertes transformaciones en la ideología política, como las que han acompañado a las revoluciones de 1895, 1933 y 1959.***

El imperio de una ideología de la igualdad política ha sido una tarea difícil y aun problemática; pero todavía más arduo es el desarrollo de una cultura cívica de la igualdad racial. Paradójicamente, el imperio de una ideología política de la igualdad puede fomentar la ilusión del fin del racismo y de otras formas de discriminación y desigualdad, lo que a la larga

<sup>6</sup> Si se echa una mirada somera al pensamiento social contemporáneo, se comprobará el lugar central ocupado en la última década por la identidad, en contraste, digamos, con la ideología. Esta reafirmación de la diferencia —sea parte o contraparte del proceso de la globalización— propicia el repunte de lo identitario, como una categoría que traspasa todas las demás —clase, Estado-nación, ideología política. Para una discusión en extenso, véanse los ensayos de Cornel West, “Las nuevas políticas culturales de la diferencia”; María Koundoura, “¿Multiculturalismo o multinacionalismo?”; y Carolina de la Torre, “Identidad e identidades”, en *Temas*, La Habana, no. 28, enero-marzo, 2002.

emborrona la visión de la cultura de la racialidad realmente existente y entorpece su transformación por medio de estrategias colectivas, es decir, como un asunto público.

Cualquier acercamiento a la desigualdad racial requiere comprender la desigualdad a secas. La igualdad de todos los hombres (y mujeres) no ha sido un invento moderno de la ideología revolucionaria o socialista. Muchas veces ha sido apenas el trasunto del liberalismo, el cristianismo y otras religiones, doctrinas y prácticas tradicionales y modernas. Lo que podría diferenciar al conocimiento social (y al socialismo como ideología de la igualdad que presuntamente se construye sobre la ciencia de la historia y de la sociedad) es no asumir de manera ingenua las implicaciones de un orden de relaciones sociales y una cultura de la desigualdad preexistentes, sino más bien reconocerlas en su peso histórico, para poder intentar transformarlas, desde arriba, con el peso ingeniero de las instituciones, la política y las leyes, y sobre todo desde abajo, mediante la acción de las prácticas sociales, las instancias de la sociedad civil y el poder de una autoconciencia colectiva capaz de expresarse.

Difícilmente se podría encaminar la descarga social de la discriminación racial sin reconocerla en toda su envergadura. Sólo a partir de este recono-

cimiento, la sociedad y su propia cultura estarían en condiciones de intentar proveer antidotos a viejas enajenaciones arraigadas históricamente, sembradas en la educación sentimental, en la socialización o como se llame el proceso de aprender a vivir, dentro y fuera de las escuelas. Se trata —parafraseando a uno de los mayores historiadores de la esclavitud— de disponer realmente de una historia (de la cuestión racial) como arma para una nueva conciencia social.

***4. El prejuicio racial y la discriminación no han dependido de su cuestionamiento o reproducción en el discurso ideológico, sino de relaciones a nivel de la sociedad civil.***

Es en el reino de la sociedad civil (que algunos ven exclusivamente como el ámbito natural de la libertad y la democracia) donde también se ha reproducido la desigualdad, como una de sus manifestaciones “naturales”. Acciones contra esa desigualdad sólo han sido eficaces cuando han podido irradiar sobre las prácticas económicas, el sistema político, el orden cultural, las mentalidades, es decir, sobre la sociedad en su conjunto, que es el ámbito integral en el que acontecen las relaciones interraciales.

Tomando en cuenta las “condiciones objetivas” que históricamente han podido favorecer el crecimiento relativo de la des-

igualdad, el ejercicio de expurgación del prejuicio racial ha demandado algo más que la ilustración racionalista, las tácticas limitadas al esclarecimiento científico, pedagógico o ideológico, o la simple sustitución de imágenes de la televisión. Un discurso orientado a la exaltación de la virtud cívica, a execrar los hábitos de la sociedad de clases y a inculcar la rectitud en el trato hacia los demás, debe ser necesario, pero casi nunca suficiente. Pocas veces la representación verbal o visual, por más esclarecida o inspirada, ha podido prevalecer a la larga sobre las relaciones sociales ejercidas (o padecidas) en la vida diaria.

Las estructuras de poder mismas no deben soslayarse de este emplazamiento —en el entendimiento de que estas estructuras no son sólo las jerarquías políticas y sus ámbitos propios, sino el mundo de las fuerzas económicas, así como los ordenamientos sociales que se reproducen al margen del orden legal. Las lógicas económicas, que casi siempre condicionan los procesos reales en la sociedad, se reflejan en estas estructuras y suelen predeterminar o propiciar un régimen de relaciones interraciales. Si el emparejamiento económico no pudo traer consigo del todo la igualdad racial, el desemparejamiento, en cambio, sí la ha agudizado.

Abordar el problema del racismo plantea de entrada la necesidad de considerar estrate-

gias comunes, acciones sociales colectivas contra la discriminación racial, que rebasen el marco puramente legal o burocrático-institucional de la política. A nivel de las instituciones de la sociedad civil —la escuela, los medios de difusión, las organizaciones comunitarias, los colectivos laborales, las organizaciones sociales, religiosas y culturales— estas acciones contra el racismo (así como contra otras formas de marginalidad y discriminación) han podido encontrar su ámbito y su posible eficacia.

Como ocurre con otros problemas cuya raíz es la sociedad, ésta es aquí también la solución, si es que la dejamos y la apoyamos.

***5. Una estrategia de indagación histórica y una acción social antirracistas han debido plantearse —antes y ahora— la afirmación de la cultura y los valores de un grupo (por ejemplo, los negros), en el sentido del reconocimiento de su diferencialidad y contribución específicas a la vida social, a la economía, al bienestar y a la libertad de todos.***

La unidad nacional —cualquiera que ésta sea realmente— no debería considerarse una criatura tan delicada como para peligrar por la necesidad de autoafirmación de un grupo social. Ésta no tiene que considerarse como una fuerza centrífuga, desintegradora de la identidad

nacional, sino como un momento dialéctico y necesario en el camino hacia formas superiores, más complejas y también más democráticas de definición sobre lo nacional.

Un punto de partida en esta indagación podría formularse así: ¿cuál ha sido el aporte de los diferentes grupos raciales a la lucha por la igualdad, el desarrollo económico y social, la liberación nacional y social?<sup>7</sup>

Ciertamente, la historia de algunos grupos oprimidos o discriminados se sigue ignorando; y esto tiene un enorme costo, pues lo que no se enseña corre el riesgo de aprenderse de cualquier manera. Sin embargo, no bastaría con enseñar que, a pesar de su condición social, impuesta brutalmente por un estatus de vida inferior, esclavos emancipados y sus descendientes se hicieron generales de la independencia, dirigentes políticos, grandes artistas, pensadores, héroes y, sobre todo, partes del pueblo que ha construido la nación y su cultura. Sería funesto —según muestran los avatares de la historia escrita— que se tratara de inculcar la historia de los negros, los mulatos, los chinos, los yucatecos, los haitianos o los jamaicanos como antes se intentó hacer con la del “movimiento obrero”, ni reducir a la

perspectiva de una clase, grupo, movimiento social o corriente de intereses y mentalidades lo que en realidad es el patrimonio de todo el pueblo.

No basta con una reconstrucción histórica positiva de eventos y personajes ignorados u olvidados; se requiere una antropología de nuestra interracialidad más profunda. Es necesario investigar su huella específica en el actual modo nuestro (el de todos) de pensar, hablar, divertirnos, apasionarnos, rebelarnos, disfrutar la comida, el baile o el amor, experimentar la fe religiosa, soportar la penuria o el dolor, ayudar a los demás o dejar testimonio de nuestro paso. Dar a la diferencia el lugar que le corresponde; no desprenderla, ni convertirla en una alternativa excluyente; rescatarla del temor a la separación o a la división, de la unicidad excesiva en que a veces ha sido sumergida; y devolvérsela como perspectiva imprescindible para explicarnos a todos y *en* todos nuestros colores.

**6. Así como las instituciones y movimientos establecidos sobre una base racial, y dedicados “al progreso de la gente de color”, pudieron ser hitos en el proceso contra la segregación, la política de cuotas (como la de la acción afirmativa) puede ser un instrumento válido, si bien no resulta una panacea, ni una solución fundamental del problema.**

<sup>7</sup> Esta pregunta ha tenido respuestas diferentes por parte de autores identificados con las voces de estos grupos, como Gustavo Urrutia, Juan René Betancourt, Pedro Deschamps Chapeaux, José Luciano Franco o Walterio Carbonell.

En el pasado, una ideología conservadora pudo usar la política simbólica de dar espacio en un periódico a un intelectual negro o reconocerlo en un cargo para perpetuar un orden de autoridad o un régimen de relaciones sociales establecido.<sup>8</sup> Una mayor representación y presencia de los grupos discriminados, aunque deseable, no erradica por sí misma los factores que perpetúan la desigualdad ni su imagen. La política de otorgar cuotas puede favorecer el tratamiento de ciertas expresiones ostensibles de discriminación racial, pero mantiene intactos su matriz y sus agentes sociales; esa matriz de selección que determina la composición racial de los barrios pobres, las universidades, las prisiones, los equipos de voleibol y básquet, las gerencias de las empresas, las orquestas de música popular, los gabinetes ministeriales, los equipos de natación y ajedrez, los mercados del sexo y del entretenimiento, los centros científicos, las brigadas de cortadores de caña, las nóminas de los hoteles y firmas extranjeras.

El *desmantelamiento social y cultural* de los agentes que propician estos problemas, ha debido promoverse desde diversos grupos sociales y raciales, no

<sup>8</sup> Lo que en los Estados Unidos ha recibido el nombre de *tokenism*, concesión simbólica y más bien formal, sin un alcance sustantivo. Por ejemplo, el conservador *Diario de la Marina* publicó durante un tiempo las columnas "Ideales de una raza" y "Armonías" que escribía el intelectual negro Gustavo Urrutia.

sólo desde aquellos que son objeto de la discriminación, pues no es un tema que puede pertenecerle exclusivamente a un grupo. Aunque su eficacia ha dependido, en primer lugar, de lograr funcionar hacia el interior de los propios grupos discriminados, sólo ha logrado progresos en la medida en que se haya podido convertir en un mensaje y una motivación significativos para la gran mayoría de los grupos sociales. La Revolución fue un enorme salto adelante en la superación de la separación racial y rebasó todas las acciones afirmativas precedentes, porque logró esta penetración y fue capaz de trasponer el interés de un grupo para convertirlo en el de la sociedad en su conjunto.

Una discusión culta y socialmente efectiva sobre la cuestión racial debe desarrollarse como parte de estrategias mayores que identifiquen desigualdades y discriminaciones y que no se queden en el momento primario de afirmación y separación de identidades.

***7. La creciente admisión de unas relaciones sociales que aceptan la desigualdad como un hecho de testable pero inevitable, contribuye decisivamente a que la discriminación racial se renueve.***

En Cuba se dieron condiciones extraordinarias para el fomento

de una cultura de la igualdad. La educación obligatoria y mediante planes nacionales de enseñanza uniformes para todo el país, el acceso parejo al sistema nacional de salud, el estrecho diferencial de los salarios y los bajos costos de la vivienda, de los espectáculos deportivos y culturales, de los libros, del entretenimiento, así como la repartición equitativa que ha animado la política del racionamiento alimentario, y hasta la oferta de dos (o tres) canales de televisión, que pone a todo el mundo a ver las mismas películas los sábados por la noche, han tendido históricamente a reforzar un patrón de igualdad —y por lo mismo han contribuido a soslayar la persistencia de condiciones reproductoras de ciertas formas de desigualdad. La crisis en las condiciones materiales y en la conciencia ciudadana que hizo erupción en la década del noventa del siglo pasado fue equivalente a un corrientazo que iluminó de pronto la pervivencia de esas formas de desigualdad, así como el resurgimiento de otras.

Las fisuras aparecidas en una norma de igualdad que ha estado vigente por un largo período histórico, durante el cual han transcurrido varias generaciones, entrañan un cambio total de calidad —por más que cantidad de cosas sigan siendo las mismas. Cuando lo normal ha sido el espejo universal de la repartición,

la cuota pareja (y única) de la riqueza, la redistribución de lo que hay de manera racional y completa “a cada cual según su trabajo”, la excepción de la norma —por más que fuera minoritaria y localizada— tiene un efecto tanto mayor. Ciertamente, la desigualdad de que estamos hablando no es ni remotamente la que solía ser en la Cuba de ayer; pero basta con que se haya roto esa norma de igualdad vigente por tanto tiempo, para que su efecto sobre la conciencia, y sobre las relaciones sociales, sea notable.

En este contexto, y al pasar de la voluntad igualitarista a una política social encaminada a contener la acometida del desamparo, la diferencia racial se coloca bajo una nueva luz. En otras palabras: se puede estar peleando al revés, no por avanzar en conquistar un espacio social nuevo, sino por defender una zona supuestamente ya conquistada, ahora asediada por un enemigo incorpóreo, que no está allá afuera, y ni siquiera da la cara. Esa postura defensiva va acompañada de la aceptación de lo inevitable “para ciertos espacios microlocalizados, limitados, etcétera”, lo que a la larga trae consigo una fatalidad socialmente paralizante.

**8. La cuestión racial y las estrategias que la pueden abordar eficazmente, tienen un significado extranacional.**

Una estrategia antirracista consecuente ha tenido siempre una dimensión internacional, desde la época de Marcus Garvey (y aun antes), para sólo mencionar el entorno caribeño.

El reconocimiento de la naturaleza de fenómenos vinculados al racismo en otras sociedades, aunque sean histórica y socialmente diferentes, tales como la marginación geográfica de culturas, la separación étnica, la vigencia de poblaciones aborígenes o el racismo institucionalizado, ha constituido una cultura imprescindible para estimar y enfrentar los propios. Entender el racismo ajeno ha servido para entender el nuestro.

El emplazamiento consciente de las prácticas racistas y los *prejuicios culturales* de unos estados y naciones sobre otros debe ser parte integral de cualquier formulación estratégica. Ningún Estado puede asumir la premisa de su invulnerabilidad territorial ante transgresiones tan sutiles como las prácticas racistas, que permean cualquier frontera. Un proyecto realista de igualdad racial no defiende su soberanía por medio de contro-

les aduaneros o policiales, sino de dispositivos culturales eficaces, instalados en la propia sociedad civil.

Conviene aprender sobre las experiencias de la *acción afirmativa* en otros países, sin olvidar el enjuiciamiento crítico sobre sus resultados. La interacción con estos otros países y sus estrategias colectivas, dondequiera que estén —sin caer en el mimetismo y el trasplante mecánico de visiones, problemas y soluciones—, es clave para poder articular y enriquecer las propias experiencias y alcanzar soluciones *radicales*; esto es, que traspasen las apariencias y vayan a la raíz de los problemas.

Las lógicas para abordar la discriminación racial son diversas y dependen de los distintos puntos de partida de cada cual. Lo que para algunas sociedades es una novedad, para otras puede ser una regresión. Sin embargo, parafraseando lo que decía Jacques Merleau-Ponty sobre el cosmos, en el pensamiento y en la recuperación de la historia no todo retorno significa necesariamente una regresión. ■

---

### **1912—Notes on Race and Inequality**

*Racial discrimination and social inequality are terms of a common equation. A historical approach to racial inequality reveals it as part of a social order and a complex and changing cultural arrangement that reflects itself in representations and images. However, a critical discussion that only tries to negate or substitute those images becomes insufficient. Prejudice and discrimination have not historically disappeared under the*

*strong transformations the political ideology has experienced—their present existence does not depend on their questioning or reproduction in the ideological discourse, but on the relationships and practices designed at the level of the civil society. It is necessary to show the contribution of the different race groups to the quest for equality, and national and social freedom—without using a catechism-like pedagogy. A quota policy might be a valid tool, although not a basic or cure-all solution for the problem. The racial issues, and the strategies that can efficaciously approach it, have an extranational connotation—foreign experiences can neither be ignored nor transplanted. No state can assume the premise of its territorial invulnerability before such subtle transgressions as those of racist practices.*